

El hogar apóstol

Henri Caffarel. El Anillo de Oro, n.º especial 111-112, «El matrimonio, ese gran sacramento», mayo-agosto de 1963, pp. 257-271.

El sacramento del matrimonio hace del hogar no sólo una comunidad de culto, sino también una comunidad apostólica. En otras palabras, la pareja cristiana debe contribuir de manera singular a la edificación del Cuerpo místico: "Cristo -leemos en la encíclica *Mystici Corporis*- ha cubierto a las necesidades vitales de su Iglesia mediante la institución de dos sacramentos: el matrimonio y el Orden sagrado".

“Ciertamente, hay diversidad de dones, pero todos proceden del mismo Espíritu. Hay diversidad de ministerios, pero un solo Señor. Hay diversidad de actividades, pero es el mismo Dios el que realiza todo en todos. En cada uno, el Espíritu se manifiesta para el bien común. El Espíritu da a uno la sabiduría para hablar; a otro, la ciencia para enseñar, según el mismo Espíritu; a otro, la fe, también el mismo Espíritu. A este se le da el don de curar, siempre en ese único Espíritu; a aquel, el don de hacer milagros; a uno, el don de profecía; a otro, el don de juzgar sobre el valor de los dones del Espíritu; a este, el don de lenguas; a aquel, el don de interpretarlas. Pero en todo esto, es el mismo y único Espíritu el que actúa, distribuyendo sus dones a cada uno en particular como él quiere. Así como el cuerpo tiene muchos miembros, y sin embargo, es uno, y estos miembros, a pesar de ser muchos, no forman sino un solo cuerpo, así también sucede con Cristo. Porque todos hemos sido bautizados en un solo Espíritu para formar un solo Cuerpo –judíos y griegos, esclavos y hombres libres– y todos hemos bebido de un mismo Espíritu.” (1 Cor. 12, 4-13)

Para dos cristianos, el matrimonio no es sólo un compromiso mutuo, sino también un compromiso con la Iglesia. En efecto, por el matrimonio, la pareja cristiana ocupa su lugar en la Iglesia y se encuentra investida de un cargo público. Esto es exactamente lo que Pío XII, en *Mystici Corporis*, quiso poner de manifiesto: "Cristo ha provisto de modo especial a las necesidades orgánicas de la Iglesia mediante la institución de dos sacramentos: el matrimonio y el Orden sagrado". ¿Cuál es la misión de la pareja cristiana en la Iglesia? Este es el tema de mi conferencia.

Por el sacramento del matrimonio, la pareja, como tal, como un todo, se incorpora al Cuerpo de Cristo. Dos palabras pueden ayudarnos a comprender este misterio: "célula" y "órgano". El hogar es una "Célula de la Iglesia", como dijo Juan XXIII en 1959 a los miles de peregrinos de los Equipos de Nuestra Señora. Esta expresión tiene la ventaja de subrayar que la "célula-hogar" vive de la vida misma de todo el Cuerpo. Así como el alma está plenamente presente en cada célula del cuerpo, así el misterio y la vida de todo el Cuerpo místico se encuentran y se hacen vida en cada matrimonio cristiano. La palabra "órgano" nos introduce aún más directamente en el tema. Tiene la ventaja de llamar mejor nuestra atención sobre la función de la pareja en este organismo que es el Cuerpo místico, el crecimiento intensivo y extensivo de este último. El órgano, en efecto, está siempre al servicio del cuerpo; no tiene una finalidad propia, sino la del conjunto. El crecimiento intensivo o cualitativo del Cuerpo

místico significa aumentar su potencial de caridad, y el crecimiento extensivo significa adquirir nuevos miembros.

Pero, se preguntarán, ¿no tiene cada cristiano, en virtud de su bautismo y confirmación, que contribuir al crecimiento de la Iglesia? Por supuesto. Pero la pareja cristiana lo hace de un modo original, específico e insustituible. En el organismo humano, por ejemplo, el sistema circulatorio, el sistema respiratorio y el sistema nervioso contribuyen, cada uno a su manera, a la vida de todo el cuerpo.

Proclamar el amor divino

Dar a conocer a Dios, proclamar su amor: éste es el primer aspecto de la misión apostólica de la pareja. El autor se revela siempre en su obra: la sonata del músico, el cuadro del pintor nos dan acceso a la vida interior del artista. Del mismo modo, en la inmensa creación, cada criatura habla de Dios: el cielo estrellado, de su inmensidad; los ojos claros de un niño, de su pureza; el amor de un hombre por sus hijos, de su paternidad.

¿Qué revela de Dios esta gran realidad humana de la pareja? Que Dios no es, como afirmaba François-René de Chateaubriand, "el eterno soltero de los mundos", sino una comunidad de personas que se aman: el Padre y su Verbo en la unidad del Espíritu. El hombre y la mujer, unidos en el amor, son la parábola viviente de la comunidad divina. También a ellos, a ellos en primer lugar, se dirigen las palabras de Cristo: "Sean uno como mi Padre y yo somos uno"; sean dos que se dan el uno al otro para darse juntos a esta tercera persona, el hijo, su amor encarnado, personificado; así serán como un espejo en el que se refleja la vida de la Trinidad.

Estos dos en uno, el hombre y la mujer casados, evocan también a los dos en uno del Cuerpo místico, Cristo y la Iglesia. La alianza del hombre y la mujer es, y debe ser, la imagen, la "epifanía" de la unión de Cristo y la Iglesia. Por tanto, hay que decir que el primer aspecto de la misión apostólica del matrimonio consiste en dar a conocer a los hombres el misterio íntimo de la familia trinitaria, así como ese otro misterio que brota del primero: la unión de la divinidad y la humanidad, de Cristo y la Iglesia, unión inquebrantable y fecunda que no cesa de engendrar hijos de Dios.

Del mismo modo que, si no hubiera padres, no significaría nada para nosotros saber que Dios es nuestro Padre; así también, si no hubiera una unión fecunda de amor entre el hombre y la mujer, el amor íntimo de las personas divinas y la unión de Cristo y la Iglesia serían ininteligibles para nosotros. Por eso, Dios cuenta con ustedes, los esposos, para hacer vislumbrar a la humanidad los tres grandes misterios: la Trinidad, la Encarnación y la Redención. Este es el primer aspecto de la misión apostólica de la pareja. Y es, de hecho, la razón más noble que pueden tener para amarse, para estar unidos, para ser fecundos.

Es otra de las maneras de cooperar en la obra de Dios.

Santificación recíproca Dios quiere que seas su colaborador ante todo con tu cónyuge. Recuerden lo que escribía Pío XI en Casti Connubii: "Esta mutua formación interior de los esposos, esta asidua aplicación a trabajar por su mutua perfección, es la razón primera del

matrimonio, si no consideramos el matrimonio estrictamente como una institución destinada a la procreación". Este cuidado espiritual recíproco de los esposos no es, pues, un lujo, la feliz iniciativa de una joven pareja edificante. Es una misión, una misión divina. Por el sacramento del matrimonio, se hacen responsables de la santificación de su cónyuge, siguiendo el ejemplo de Cristo que se encarnó y se hizo responsable de la salvación de la humanidad. Una palabra que conocen bien subraya esta misión recíproca: "ministro". Porque son ministros, no sólo de su sacramento el día de la celebración del matrimonio, sino, aunque en otro sentido, todos los días. Un ministro es alguien que, para una tarea específica, actúa en nombre de otro. O más exactamente: a través de quien ese otro actúa. En el matrimonio, ese otro es Cristo. Marido y mujer, Cristo les confía una misión con su cónyuge. Hay una obra que Cristo quiere realizar a través de ustedes y con ustedes por aquel que les ha confiado: a través de cada uno darse al otro que quiere darse, a cada uno le pide que le acoja él mismo acogiendo el don del otro. Por eso, no duden en utilizar la gran palabra "ministerio" para describir su vida conyugal. Del mismo modo que hablamos de un ministerio sacerdotal, debemos hablar de un ministerio conyugal único, original, insustituible, recibido de Cristo.

Este ministerio no es sólo un deber, es también un poder y una gracia. Deber de trabajar por la santificación de su cónyuge; poder dado por Cristo para hacerlo; la gracia, la ayuda de Cristo que nunca los dejará solos en esta tarea.

Pero comprendan bien este ministerio, y cómo deben trabajar por la santificación del otro: no a la manera de dos predicadores que se edifican mutuamente toda la vida con palabras piadosas, sino esencialmente en y por el ejercicio mismo de su vocación de esposos y padres. No se trata tanto de esforzarse por "hacer el bien" a su cónyuge como de ayudarse mutuamente, quererse, amar a sus hijos y apoyarse mutuamente en el ejercicio de la paternidad y la maternidad. He aquí una anécdota para ilustrar mi punto de vista. Un viejo amigo del colegio vino a visitarme un día. Nervioso y tenso, me dijo a quemarropa: "Casi estrangulo a mi mujer. - Bueno, ¡me conformo con estrangular a un jesuita! - Sí, estoy convencido de que sigue diciéndole a mi mujer en el confesionario: "Tu marido es tu primer campo de apostolado". ¡Vaya! Ya estoy harto de ser un campo de apostolado, ¡me gustaría ser simplemente un marido al que ella ame!

Si uno de los cónyuges es incrédulo, el cónyuge creyente asumirá el papel de Cristo Salvador de la humanidad pecadora. El marido incrédulo -dice San Pablo- es santificado por su mujer; la mujer incrédula es santificada por su marido creyente" (1 Cor 7, 14). Ustedes, esposas -dice san Pedro-, están sujetas a sus maridos, para que, aunque algunos se nieguen a creer en la Palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas" (I Pe 3, 1). Cooperar con Cristo en la santificación de tu cónyuge es esencial para tu misión apostólica. El Señor les dice a cada uno de ustedes: "Son para mí un enviado, un testigo, un cooperador indispensable en la santificación de su cónyuge. Es verdad que trabajo de muchas maneras para hacer de él un santo: bajo la forma del pan eucarístico, alimento su vida cristiana; bajo la forma del sacerdote, le perdono cuando se doblega ante el pecado; pero bajo la forma más conmovedora, la de una esposa tierna y deseosa, la de un esposo atento, considerado, cariñoso, quiero estar cerca de él día y noche, y revelarle mi amor, y unirle más estrechamente a mí."

Los cristianos que entienden su matrimonio de este modo desmienten la afirmación cruelmente pesimista de Kierkegaard: "Muchos genios se han convertido en genios, muchos héroes en héroes, muchos poetas en poetas, muchos santos en santos por la gracia de una joven. Pero, ¿quién se ha convertido en genio, poeta, héroe o santo gracias a la influencia de su esposa? A través de ella se convierte en un consejero de negocios, un general, un hombre de familia. Hay una seriedad deplorable en ello: casarse, tener hijos, tener gota, aprobar el examen de teología, ser diputado...".

Si a cada cónyuge se le confía una misión para con su cónyuge, a los dos cónyuges juntos, como uno solo, se les confía una misión para con los demás, y en primer lugar para con sus hijos.

Procreación y educación

Por lo que se refiere a sus actividades procreadoras y educativas, es oportuno considerar la gran palabra ministerio. En efecto, mediante la generación y presentación de sus hijos a la Iglesia para que los engendre a la vida de la gracia; mediante la transmisión de la fe a aquellos a quienes han transmitido la vida, cooperan eminentemente al crecimiento intensivo y extensivo del Cuerpo místico: éste es un ministerio de primer orden.

Un ministerio, les digo, y un ministerio que se deriva inmediatamente, directamente, de Dios. Yo ejerzo mi ministerio de sacerdote en virtud de un mandato de mi obispo, que puede retirármelo. Los miembros de un movimiento de Acción Católica ejercen sus actividades apostólicas en virtud de un mandato de la Jerarquía; se les puede retirar; pero ustedes tienen su ministerio de Dios mismo; es, para decirlo con propiedad, de derecho divino; nadie se los puede quitar ni impugnar.

Esta misión, que ya es de ustedes en el plano natural, Cristo la ha confirmado y elevado. Les ha dado poder y gracia para santificar a sus hijos. Les ha confiado la tarea de ser para ellos testigos y profetas de su amor salvador. Pero tengan en cuenta que esta misión no se las confía como una tarea que pueda realizar indistintamente uno u otro de los cónyuges. Se desdobra en un ministerio paterno y un ministerio materno, cada uno irreductible al otro. Deben ayudarse a comprender y ejercer fielmente su propio ministerio. Su primera contribución a la santificación de sus hijos es amarlos con gran ternura, desear que florezcan y trabajar para que florezcan. Cuidado: hay un modo de intentar hacerles el bien que es muy probable que produzca el efecto contrario. Uno de mis jóvenes amigos, cuyo padre tiene tendencia a ser sentencioso y mojigato, me dijo una vez, en un tono de ironía a la vez amable y cruel: "¡Papá, es un confesor pontificio!

Sin embargo, como padres, tienen el deber de transmitir la Palabra de Dios a sus hijos. Esta madre lo comprendió cuando me escribió: "Tenemos el deber de enseñar a nuestros hijos. Dios lo pide, lo exige, pero guardémonos de sermones aburridos, de lavados de cerebro, de cascadas de consejos piadosos. Que nuestras palabras sean las de un alma habitada por el Espíritu Santo. Dios me ha confiado tres hijas, y hago más las palabras de San Pablo: La voz de los apóstoles ha ido por todo el mundo, y sus palabras hasta los confines de la tierra. ¿Acaso el mundo no empieza en nuestra propia familia?" Den gran importancia a la acción

educativa del hogar como tal, al ambiente familiar. Después de decirles que el hogar cristiano es la "célula de la Iglesia", Juan XXIII, recuerden, añadió que debe ser el "ambiente que alimenta la fe". Es en el hogar donde sus hijos tendrán su primer contacto con la Iglesia, donde experimentarán su maternidad, su santidad y su misericordia.

Y, por supuesto, a medida que sus hijos crezcan, será necesario ponerlos en contacto con el sacerdocio, para que éste contribuya a su formación espiritual. Pero sería un grave error renunciar a favor del sacerdote. Para llevar a un niño a la edad adulta espiritual, es necesaria la acción conjunta del padre y de la madre que lo traen al mundo y lo educan. Cuando los padres entienden así su ministerio con los hijos, no hay riesgo de que antepongan las tareas temporales o las actividades apostólicas a este deber primordial.

En tales hogares, como en un ambiente privilegiado, pueden eclosionar y florecer las vocaciones sacerdotales y virginales, así como esas vocaciones de apóstoles laicos que nuestro mundo necesita tan desesperadamente.

Escuchen a Cristo que les dice: "Con ustedes y por ustedes, padres, quiero multiplicar y formar nuevos hijos del Padre celestial". Pero, como bien saben, su misión apostólica no se limita a sus hijos. Alrededor suyo hay personas que esperan su testimonio: ¿qué van a hacer por ellas?

Apostolado en el hogar A un hogar de los Equipos de Nuestra Señora se le pidió que se ocupara de los "blousons noirs" [Nota del Traductor: El verano de 1959 fue conocido en toda Francia como «el verano de los blousons noirs», la subcultura francesa inspirada en la cultura anglosajona, especialmente en el rock and roll, las motos y la imagen de chaquetas negras (blousons noirs es «chaquetas negras»)]. Se acercaron a ellos -no sin discernimiento- y la experiencia resultó extraordinariamente fructífera. Estos chicos descubrieron una realidad que ni siquiera habían imaginado: un hogar de amor. Y para algunos, es sanación y plenitud.

El hogar cristiano dispone de recursos excepcionales para cumplir su misión apostólica. Me temo que la costumbre los lleva a perder de vista estas prodigiosas riquezas suyas, de las que deben ser buenos administradores para tantos "pobres" que los rodean. Ilustraré mi punto de vista con algunos testimonios de una reciente encuesta realizada entre nuestros equipos. Sus riquezas son de dos clases: riquezas humanas y riquezas de gracia. Riquezas humanas, en primer lugar. La primera, fuente de todas las demás, y la más preciosa: su amor conyugal, y tiene que estar vivo y bien. Como dijo uno de ustedes en su respuesta a la encuesta: "El hogar de un apóstol debe ser un hogar enamorado. Es la única manera de hacer que la gente quiera estar allí". Su amor conyugal fructifica en una variedad de amores: amor paterno y ternura materna, amor filial y amor fraterno, tantos amores que hacen que el hogar cristiano sea único en el mundo. Y qué aspectos tan diversos y entrañables presenta el hogar, según los tiempos y los acontecimientos: comidas y veladas, días de trabajo y días de fiesta, horas dolorosas, horas de canto...

Me temo que no se dan cuenta de lo raro que es esto para mucha gente. Para el niño de la Welfare Office, para el estudiante negro, para el hogar en dificultades... entrar en una familia así es descubrir un mundo nuevo. "Una mañana, cuando una criada árabe no cristiana vio a

nuestro hijo de veinte años abrazar respetuosa y cariñosamente a su madre, se echó a llorar y le dijo a mi mujer: “¡Tienes suerte!”. Un ambiente así restablece el equilibrio interior de muchos de los acogidos en el hogar. Allí, por fin, sus corazones, hasta entonces frustrados de amor, se nutren y cobran vida. Si recorrieran el mundo, en ninguna parte encontrarían el equivalente de la riqueza de un hogar donde la gente se ama.

Del amor humano al amor divino, la transición para los huéspedes del hogar será imperceptible. Como un río que fluye río arriba hasta su fuente, el conocimiento del amor humano les llevará a vislumbrar el amor divino, la vida trinitaria reflejada en el hogar. Una familia en la que todos somos uno, como el Padre y el Hijo son uno, nos hace vislumbrar el misterio de Dios, nos familiariza con él, si se me permite la expresión. Tanto más cuanto que estas realidades divinas se expresan en el lenguaje más inteligible, más universal, el lenguaje internacional por excelencia: el amor. Un hogar en el que las personas se aman dice tanto, ¡incluso a quienes no conocen el idioma!

Este hogar, si no oculta que debe su amor a Cristo, revelará otra verdad fundamental: que Cristo, allí donde está presente, sana, reconcilia, trae la paz, y que la sociedad humana conocería esta paz de la sociedad doméstica si, como ella, se abriera a la presencia activa del Señor. “Nuestro amor -escribió uno de ustedes- debe proclamar a todos la victoria de Cristo sobre el mal”.

El hogar cristiano no se limita a ofrecer sus riquezas humanas y a dejar entrever las verdades esenciales: también proporciona a sus huéspedes las riquezas de la gracia de la que vive.

Su gran riqueza espiritual es la presencia de Cristo, que hace de esta comunidad familiar una "pequeña iglesia", según la expresión de San Juan Crisóstomo. "Cuando dos o tres están reunidos en mi nombre, yo estoy en medio de ellos", dice el Señor; y Tertuliano comenta: "Cuando dos están juntos, ahí está la Iglesia". Es cierto que esta presencia de Cristo y de la Iglesia permanece invisible; el musulmán, el judío o el incrédulo que vienen a casa no saben nada de ella, pero su ignorancia no puede impedir que la gracia le envuelva y penetre suavemente en él, si está dispuesto. Tengo la impresión de que el matrimonio incrédulo que uno de ustedes mencionó en su respuesta a la encuesta se sintió profundamente conmovido: "Nunca fue más difícil la oración en familia que la que rezamos durante dos meses delante de un hogar ateo que permanecía sentado, mudo espectador: tuvimos que, con un salto de fe, superar nuestro respeto humano para hablar como de costumbre delante de estos observadores de nuestra conversación con Dios. Cuando nos dejaron, lloraron, y ahora, en un país árabe, siguen escribiéndonos y contándonos lo sorprendidos que están por la fe de los musulmanes que rezan en público.”

Los mismos cristianos, y a menudo también nosotros los sacerdotes, encontramos un gran beneficio espiritual en frecuentar tales hogares. Escuchen este testimonio: "Un religioso que había pasado algún tiempo con una familia numerosa durante un período de descanso, dijo a la señora de la casa al salir: 'No tiene usted idea del consuelo y la paz de espíritu que puede proporcionar el contacto con una familia como la suya. Creo que si un sacerdote atraviesa una crisis, como a veces ocurre, no hay mejor manera de que recupere el equilibrio'".

Este misterio de Cristo y de la Iglesia envuelve e impregna la acogida. Muchos de ustedes nos hablan de la renovación, de la profundización en la vida cristiana, incluso de las conversiones que han tenido lugar en su casa. "Una de nuestras empleadas, que sólo estuvo con nosotros un año, procedía de un entorno cristiano de montaña en el que trasladarse a la ciudad supuso una descristianización fatal. Con nosotros, aprendió cómo la vida cristiana puede encajar en el contexto de la gran ciudad. Se fue como líder de niños exploradores. Su ejemplo conmocionó a su pueblo natal. Otra, procedente de la clase trabajadora de nuestra gran ciudad, sin educación en todos los sentidos y que no iba a la iglesia, se convirtió en miembro de la Juventud Obrera Cristiana y en dirigente de un grupo que ella misma formó. Para ambas, esto significaba la plena participación en la vida familiar: comidas en nuestra mesa, conversaciones compartidas, participación voluntaria y libre en la oración familiar, como también en la educación religiosa de los más pequeños.

Después de este rápido inventario de sus riquezas humanas y espirituales, comprenderán por qué podemos decir que el hogar cristiano es un "instrumento de apostolado excepcionalmente eficaz". En él, en virtud del sacramento del matrimonio, la gracia y la riqueza divinas se comunican a través de la más modesta pero entrañable de las realidades humanas: todas esas riquezas de amor de las que hablábamos hace un momento. ¡Qué pobre parece, en cierto sentido, el individuo-apóstol comparado con el matrimonio- apóstol! Ciertamente, el sacerdote tiene poderes excepcionales para transmitir la gracia. Pero, ¡qué austero es su rostro humano! En cambio, ¡qué atractivo es el hogar cristiano! Uno de ustedes encontró una fórmula admirable para definirlo: "Es el rostro risueño y amable de la Iglesia".

Por eso hay que decir que, providencialmente, el hogar cristiano es trascendente en el camino de la Iglesia. Y que allí, al igual que los niños, el infiel toma su primer contacto con ella, el pecador experimenta su misericordia, el pobre y el abandonado descubren su maternidad. Todos aquellos que nunca habrían ido directamente al sacerdocio y a los sacramentos son conducidos suavemente hacia allí.

A la inversa, el clero puede confiar a estos hogares personas frágiles y aisladas, catecúmenos, neófitos... que, para florecer y progresar en la vida cristiana, necesitan arraigarse en esta primera comunidad religiosa que es la familia: "Porque se nos conoce como hogar cristiano, los sacerdotes y las monjas nos envían con bastante frecuencia personas aisladas y desamparadas que necesitan este puente que proporciona el núcleo familiar antes de que puedan incorporarse a un grupo más amplio, como la parroquia. A menudo se trata de personas traumatizadas por la vida. Necesitan calor y presencia humana. Lo que buscan sobre todo es un clima de seguridad proporcionado por un entorno sano."

Para llevar a cabo esta misión de la Iglesia que es el apostolado en el hogar, los cristianos casados deben esmerarse en aumentar su valor humano y espiritual, para que sus huéspedes encuentren en ellos esas virtudes que son el encanto y la gracia de la hospitalidad cristiana. Si creyéramos a uno de ustedes, que me parece bastante severo, "nuestros hogares cristianos, incluso cuando tienen éxito en el plano humano, buenos hogares, son con demasiada frecuencia tristes. Es inútil esperar un apostolado eficaz en estas condiciones". Otros añaden: "Para ser radiante, un hogar debe ser sencillo, verdadero, amoroso y alegre". "El hogar debe

dar testimonio de una alegría discreta, dando la impresión de que ha sido adquirido gracias al esfuerzo de todos y que sólo puede mantenerse gracias a su buena voluntad. Aquellos a quienes la vida ha frustrado con algún bien no tendrán entonces celos y tomarán su parte de esta alegría." Uno de ustedes rinde homenaje a la familia a través de la cual descubrió una verdadera religión: "Al principio de nuestro matrimonio, en una pequeña ciudad marroquí, vivimos con una familia que nos hizo comprender, sin hablar nunca de ello, lo que es el verdadero cristianismo. Fue gracias a la sencillez de su acogida que hicimos este descubrimiento. Todos los que entraban en contacto con ellos, continúa, se sentían reconfortados y rejuvenecidos. Fue este contacto el que nos hizo amar el cristianismo, dándonos el deseo de ser como ellos". Este testimonio corrobora lo que leí en una de sus respuestas: "Este apostolado de acogida debe ejercerse con los jóvenes lanzados en paracaídas lejos de sus parientes, aislados y a menudo desanimados para luchar solos. Basta con que sean acogidos en uno o dos hogares, de forma amistosa, y todo mejora".

Así pues, la pareja cristiana y la familia parece que ejercen una "función mediadora" entre el mundo y la Iglesia jerárquica, a través de su apostolado de acogida. Es una palabra bien significativa, pero después de todo lo que acabo de decir, ¿no es la más apropiada?

Apostolado fuera del hogar

Hasta ahora no hemos salido de los confines del hogar; ahora es importante reflexionar sobre su misión apostólica en el exterior. Para no irme fuera de mi tema: la misión apostólica (en sentido estricto) del hogar cristiano, dejaré de lado las responsabilidades del hogar en la ciudad, pero es importante no perderlas de vista: se trata también de una misión divina. Pensemos en Cristo presente en el mundo, prosiguiendo su gran obra de unidad mediante su acción invisible. Es uniendo al hombre y a la mujer, añadiéndoles hijos, como inicia esta gran unificación de la humanidad. Crea así la célula más pequeña de la Iglesia, pero también la más fundamental y la más sólida. Esta caridad, esta "comunidad en la caridad" que Cristo obra en el hogar, debe ser irradiada por el hogar, para que pueda ser obrero de la unidad allí donde vive, y para que pueda establecer esta comunión en los ambientes donde está providencialmente colocado. Muy a menudo, sus esfuerzos por la unidad se situarán en un plano meramente humano; pero que sepa que esta unidad humana es ya el comienzo de una unidad superior. Cuando -me decía un párroco de los suburbios- en una calle de mala vida de mi parroquia obrera se instala un hogar de la Acción Católica., estoy seguro de que unos meses después veré los comienzos de un ambiente más limpio y de un espíritu de ayuda mutua. La mera presencia de un hogar cristiano, de amor cristiano, es ya un apostolado.

Pero el apostolado no es sólo un testimonio y una influencia, es también una tarea. Hay actividades apostólicas que marido y mujer pueden emprender y realizar juntos. Algunas requieren incluso que ambos se dediquen a ellas: formar novios, acoger catecúmenos, ayudar a parejas jóvenes, ayudar a hogares desunidos...

Sería negligente por mi parte no mencionar aquí los hogares que salen al nuevo mundo cristiano al lado de los misioneros. Allí, más que en ninguna otra parte, es necesario, según las palabras de Juan XXIII a los peregrinos de los Equipos de Nuestra Señora, que los hogares cristianos, con su vida, proclamen, ilustren y hagan accesible a todos lo que los sacerdotes

enseñan con sus palabras, y en particular la grandeza y las exigencias del matrimonio cristiano. Permítanme citar un pasaje de una carta de un hogar de los Equipos que partió recientemente para Corea del Sur:

“Lo que hagan al más pequeño de ellos, a mí me lo hacen”. Fue esta palabra de Cristo la que impulsó nuestra partida. Nos había conmovido la miseria del Tercer Mundo. Habíamos tenido ocasión de descubrirla en visitas anteriores a varios países en desarrollo. Aunque llevábamos varios años cómodamente instalados en un pequeño y tranquilo puerto pesquero, Dios nos concedió la gracia de romper nuestras amarras. El gran oleaje de miseria que ruge sobre algunas vastas regiones del mundo es demasiado fuerte para mecernos. Ya no podemos dormirnos. Así que, como médicos y enfermeras, nos marchamos. Los coreanos quieren abrirse, están ávidos de asistencia técnica, brillan por su iniciativa. También tienen sed de Dios. ¿Les dejaremos beber del marxismo?

Ni se tiene que decir que no en todos los hogares existe esta vocación, y que muy a menudo marido y mujer no pueden realizar juntos el apostolado. Por la buena razón de que no pasan el día en el mismo ambiente. Pero ¡eso no importa! Lo esencial no es que estén siempre juntos físicamente, sino moralmente. Me gusta evocar un viejo recuerdo: Un día, en el metro, dos trabajadores hablaban detrás de mí de un camarada. Uno de ellos dijo: "Vaya, se nota que es un tipo felizmente casado". ¿No es eso lo importante: que cada uno vaya a su trabajo con la riqueza de su hogar? " Uno de ustedes escribió: "El modo en que cada cónyuge, fuera de casa, habla de su pareja, del matrimonio, puede ser un apostolado en sí mismo.”

Un tema recurrente en muchas de las respuestas a la encuesta fue la necesidad de que los cónyuges decidan de mutuo acuerdo los compromisos que cada uno pretende suscribir. El "deber de sentarse" se menciona como un momento ideal para estudiar esta cuestión. "Que cada uno de los esposos tenga siempre presente lo más importante: la unidad del hogar y su intimidad, y que no se deje "atrapar por el juego" hasta el punto de abandonar la vida conyugal y familiar". En efecto, "puede suceder que, con toda buena fe, quizá bajo la coartada de un apostolado externo en el que uno se cree indispensable, se huya de las dificultades del propio hogar, en particular de las causadas por la educación de los hijos". "Nos parece que un compromiso apostólico que interfiera en la intimidad de los cónyuges, en la educación de los hijos o en el ejercicio de la propia profesión debería ser repensado, así como la organización de una familia cristiana que no deja espacio a las actividades apostólicas." Una respuesta a la encuesta, que agradezco mucho, señala que no debemos precipitarnos al creer que las actividades apostólicas perjudican la unión de los esposos: "Hay competencia entre las actividades apostólicas y la intimidad conyugal hasta que comprendemos que existe una estrecha interdependencia entre el amor conyugal y el apostolado. La intimidad conyugal debe apreciarse mucho más por su calidad que por su cantidad. Si las actividades apostólicas hacen que los momentos de intimidad sean raros, si ellas acrecientan su intensidad y su verdad. Si no es así, hay que revisar el modo de llevar a cabo esta actividad apostólica. El cristiano debe saber renunciar a una labor apostólica si ésta va claramente en contra de los deseos de su cónyuge, pero debe hacer esta renuncia sin rencor y por amor".

Algunos señalan que, en cuanto los hijos crecen, hay que esforzarse para que no sólo consientan el apostolado de sus padres, sino que lo adopten. Del mismo modo, los padres deben aceptar el apostolado de sus hijos y unirse a él. "Nos parece esencial que cualquier compromiso individual se haga sólo con el pleno acuerdo del cónyuge y también de los hijos a medida que crecen. Tanto es así que en última instancia deberíamos considerar que no puede haber actividad apostólica "individual", siendo la unidad familiar la que tiene el deber de asumir cualquier compromiso de cada uno de sus miembros." "A medida que los hijos crecen, tendrán que ser informados de las actividades de sus padres, aceptarlas y recibir a cambio una doble ración de ternura y comprensión."

Para padres e hijos, la comunidad familiar será lo que el convento es para el Hermano Predicador: el lugar donde primero se forma para el apostolado, y luego vuelve para renovar su dinamismo misionero y asegurar la colaboración espiritual de los demás.

Lo que San Pablo dijo del hogar de Aquila y Priscila: "mis colaboradores en el apostolado", Cristo debe poder decirlo de cada pareja cristiana.

No hemos enumerado todos los modos de apostolado del hogar hasta que hemos hablado de su vida espiritual; sin embargo, es a través de ella como contribuye más eficazmente al crecimiento del Cuerpo Místico.

Apostolado de la santidad

A algunas personas les parece extraño que podamos hablar de la vida espiritual de las parejas y las familias, ¡como si sólo existiera la vida espiritual individual! Habría que no haber estado nunca en algunos monasterios u hogares para dudar de que existe también una vida espiritual de las comunidades. Las verdaderas comunidades tienen un alma común, y esa alma vive de la fe, la esperanza y la caridad. En la medida en que el hogar cristiano crece en vida teologal, puede estar seguro de contribuir eficazmente al crecimiento del Cuerpo de Cristo, de cumplir eminentemente su misión apostólica.

Y es a lo largo del día cuando los acontecimientos y las circunstancias (un hijo que se espera, mala salud, recursos insuficientes...) ponen a prueba la fe y la esperanza y nos invitan a progresar en estas virtudes. También a lo largo del día, las exigencias del amor conyugal y del amor a los hijos nos obligan a practicar la abnegación evangélica y a crecer en la verdadera caridad. Lo comprendió bien aquel de entre ustedes que escribió: "El matrimonio, como todos los demás sacramentos, porque en esencia no es más que la prolongación actual de la humanidad de Cristo, nos hace partícipes de su misterio pascual de muerte y resurrección y, por tanto, de su obra redentora".

Hay, sin embargo, momentos privilegiados en la vida cotidiana del hogar en los que se ejercitan y alimentan las virtudes teologales: cuando el hogar se dirige a Dios en la oración, cuando padres e hijos leen y meditan las Escrituras. Pero, en cierto sentido, toda la vida familiar debería tener este carácter cultural, toda la vida familiar debería ser una ofrenda a Dios, una alabanza, una búsqueda de la gloria del Señor. Esta vida teologal, fuente de la que se nutren las actividades apostólicas, es en sí misma actividad apostólica. Todo hogar que se eleva sobre el mundo, todo crecimiento de la vida teologal en el hogar es un crecimiento de la

vida teologal en el Cuerpo Místico. Qué inmensas esperanzas se permitirían si los hogares cristianos de todo el mundo tomaran por fin conciencia de su misión apostólica, y esto es lo que quisiera mostrarles para concluir.

* Permítanme empezar con algunas cifras: a principios del siglo XIX, había mil millones de personas en la tierra; en 1961, había tres mil millones; en el año 2000, habrá seis mil millones.

Hoy, los católicos representan 1/7 de la población mundial. En el año 2000, por cada católico habrá probablemente 14 no católicos. Más de 5.000 millones de personas no sabrán que Dios es su Padre. Y para anunciarles la Buena Nueva, no hay ninguna garantía de que siga habiendo trescientos mil sacerdotes como hoy, ya que en muchos países las vocaciones al sacerdocio están disminuyendo. Por eso, ante este futuro, nos invade la angustia.

Pero entonces todo cambia y renace el optimismo si tomamos conciencia de los enormes recursos apostólicos que esperan ser empleados: me refiero a los ciento veinte millones de parejas cristianas que hay en el mundo. Las prodigiosas energías de amor y de gracia presentes en el seno del hogar nunca antes habían sido movilizadas en masa por la Iglesia para cooperar en su misión apostólica.

Tal vez sea necesaria esta dramática situación de insuficiencia del clero frente a un vertiginoso aumento de la humanidad, tal vez sea necesaria esta profundización de nuestra generación en las riquezas del matrimonio cristiano para que la Iglesia, dirigiéndose a los hogares, les haga comprender que ya no pueden contentarse con ser beneficiarios de la acción apostólica del clero, sino que a su vez deben convertirse en sujetos activos del apostolado, en instrumentos de redención, de acuerdo con su misión específica, con sus medios particulares y sus propias gracias. Y, sin duda, nunca han estado tan dispuestos como hoy a comprender y responder.

Desde hace más de un cuarto de siglo, los papas, a través de sus discursos y cartas, invitan a los laicos al apostolado. La acción de los jóvenes cristianos que acababan de descubrir sus responsabilidades apostólicas no fue ajena a este impulso del papado. Los jóvenes se hacen adultos y se casan. ¿No habrá hoy una llamada a los hogares como la prolongación lógica, la culminación y la coronación de la llamada de los laicos al apostolado?

Pero, al mismo tiempo que llama a las parejas al apostolado, la Iglesia tendría que emprender un inmenso esfuerzo para que todas las parejas cristianas del mundo conocieran las riquezas de su vocación y la misión apostólica que las requiere (y, en primer lugar, para prepararlas al matrimonio).

Corresponde sin duda a la Jerarquía emprender y dirigir este grandioso esfuerzo, pero la ayuda de las parejas que ya han tomado conciencia de su misión es indispensable. Ustedes, los miembros de los Equipos de Nuestra Señora, se deben a ustedes mismos el ser buenos trabajadores en esta gran causa.